

## Prólogo

Dentro del refugio cubierto de pieles estaba oscuro y silencioso, casi pacífico. Nada se movía excepto un solitario pedazo de piel de animal que se había soltado en la noche, dejando que la luz del amanecer se filtrara hacia el interior de la tienda mientras flameaba en la suave brisa.

Endellion tomó aliento profundamente y percibió el penetrante olor salino de carne sudada y sexo trasnochado. A su alrededor, media docena de guerreros khurtas profundamente dormidos, agotados después de haber pasado una larga noche, yacían sobre pieles. El recuerdo la hizo sonreír. Lo habían dado todo para estar a la altura, pero ella era una elharim, y ni siquiera media docena de ellos habían logrado satisfacer su apetito, ni mucho menos.

El que yacía a su lado —ignoraba su nombre, no le servía de nada conocer sus nombres— tenía las marcas de sus uñas en la espalda, en carne viva y amoratadas en la pálida piel. Era guapo; tenía una piel bastante tersa para ser un khurta y en el rostro no se apreciaban aún cicatrices de guerra y violencia. Eso era poco común en los de su clase. A ella le había costado bastante tiempo encontrar a muchachos así —los khurtas eran una raza famosa por su fealdad—, pero después de mucho buscar había conseguido escoger entre los más jóvenes y los más fuertes. Ninguno la había rechazado. Ninguno se había atrevido.

Con un dedo recorrió la línea que una de sus uñas le había dejado en la piel. El muchacho se agitó ante el roce pero no se despertó. La noche anterior había gritado cuando ella lo marcaba, cuando hundía sus dedos en la carne, incitándolo, acicateando su lujuria. Él se había desempeñado bien; había sido uno de los mejores y de los

más dispuestos a complacerla. Se había ganado que ella le hubiera otorgado una cicatriz de batalla como aquélla. Y a los khurtas les encantaban las cicatrices.

Un ruido proveniente del exterior le hizo olvidar la sequedad de su garganta y el embotamiento que tenía en la cabeza. Era el sonido de una piedra raspando acero.

Endellion se levantó del montón de pieles y sorteó hábilmente los cuerpos que la rodeaban. Encontró su ropa apilada en un rincón, se vistió con rapidez y se puso las botas. Tras lo cual se sujetó la espada a la cintura y con una piel se cubrió los hombros para protegerse del frío aire invernal. Después de echar una última mirada divertida a los khurtas exhaustos que yacían en su tienda, apartó la cortina de piel y salió a la mortecina luz de la mañana.

Él estaba sentado a menos de veinte metros de distancia, y aunque el sol permanecía oculto tras un lúgubre banco de nubes, de todas formas parecía brillar. Endellion no pudo reprimir una sonrisa mientras avanzaba hacia él, observándolo poner a punto esa hoja, raspando la piedra de afilar contra el acero de las Riverlands. Aunque se encontraban a más de mil quinientos kilómetros de su tierra natal en el norte, cada vez que posaba los ojos sobre Azreal sentía que jamás se había marchado. Él era el hogar para ella. Todo lo que siempre había deseado.

Por supuesto que jamás se lo habría dicho. Hubo una época, años antes, en que le habría profesado su devoción; incluso hasta podría haberle jurado lealtad a él y sólo a él. Pero aquella época había quedado atrás. Ella pertenecía al Arc Magna, era una guerrera nata, dedicada al acero y a la matanza. Azreal era de los subodai, un vigía silencioso en la noche, un mensajero que portaba la palabra de su señor, a veces acompañada del regalo de la muerte. Toda unión entre ambos estaba prohibida, pero eso no había impedido que Endellion obtuviera placer con él tantos años atrás. Y cuán embriagadoras habían sido aquellas noches.

Permaneció en el sitio un rato, soportando el frío sólo para verlo trabajar. La piedra tañía el acero; la hoja resonaba con cada roce

como si cantara de alegría. Cómo le habría gustado a Endellion hacer a Azreal cantar de alegría una vez más, sintiendo su carne contra la suya, oyendo sus exclamaciones de lujuria mezcladas con las propias. Era una tentación que apenas podía reprimir.

—¿Te quedarás ahí mirándome toda la mañana? —dijo Azreal por fin, sin mirar a su alrededor ni hacer una pausa en su tarea.

Endellion casi se echó a reír. Por supuesto que él sabía que ella estaba observándolo. Pocas cosas le pasaban inadvertidas a Azreal de los subodai.

—Podría quedarme aquí hasta que me reclame el Olvido —respondió.

Él se limitó a negar con la cabeza, al tiempo que daba una pasada a la piedra de afilar a lo largo de la hoja con un último tintineo del acero. En un solo y veloz movimiento se incorporó, hizo girar la hoja en la mano con un floreo y la insertó hábilmente en la vaina.

—Por desgracia ni tú ni yo podemos esperar al Olvido, mi amor. Nuestro señor nos ha convocado.

Endellion no pudo reprimir una punzada de excitación cuando él la llamó *mi amor*, pero guardó silencio mientras Azreal la precedía. Si era cierto que Amon Tugha los había convocado, sería una locura hacerlo esperar.

Ella lo siguió de cerca mientras él avanzaba en medio del campamento de los khurtas. Llevaban allí casi una semana y el sitio ya apestaba a cuerpos sin lavar y a carne en putrefacción. No era bueno que esos salvajes pasaran tanto tiempo juntos sin tener con quién combatir. Aunque Amon Tugha había unido a las nueve tribus, las viejas rivalidades seguían ardiendo con fuerza y más de una enemistad se había zanjado con sangre en los últimos días. Por su parte, a Endellion le entusiasmaba la violencia y hasta había estado dispuesta a sumarse a la lucha, pero su señor se lo había prohibido. Él no toleraba disenso alguno entre sus filas, al menos hasta que cayera la ciudad de Steelhaven. Por cada hombre que había muerto a causa de un ataque de ira otro había sido ejecutado a manos de su señor, pero la amenaza de un castigo veloz y permanente seguía siendo

ineficaz para mitigar el instinto asesino de los khurtas. Había casi trescientas cabezas clavadas en picas, mirando hacia la ciudad a la que habían acudido desde tan lejos para sitiarla.

Más adelante, al otro lado del campamento, se erigía una vasta empalizada de madera, que albergaba prisioneros a montones, encadenados entre sí. El hedor que provenía de ellos era peor que cualquier cosa que pudieran generar los khurtas y ofrecían, de hecho, un aspecto lamentable. Endellion no pudo quitarles los ojos de encima cuando pasó a su lado. Eran una marca del poder de su señor, sus victorias desde que habían llegado a esas repugnantes tierras. Los que una vez habían sido orgullosos guerreros estaban abatidos, despojados de sus armas y sus corazas, humillados, hambrientos y apaleados. Cada día que sufrían su señor ascendía a una altura mayor. Cada uno que moría servía sólo para engrandecer todavía más la reputación de su señor.

Azreal volvió la cabeza mientras pasaba junto a la empalizada. Ver el desprecio que le causaba ese tratamiento hizo sonreír a Endellion. La misericordia era un atributo poco común entre los subodai, pero a Azreal no le gustaba perder el tiempo haciendo sufrir a los prisioneros. Para él se trataba de una indulgencia innecesaria y no apreciaba su valor. Algunos habrían considerado esa actitud como una debilidad, pero Endellion sabía demasiado bien lo letal que era Azreal. A pesar de toda la piedad que éste manifestaba hacia los débiles e indefensos, no tenía ninguna con aquéllos que se le enfrentaban con una espada desenvainada.

Mientras avanzaban por el campamento les llegaban los sonidos de serruchos y martillos. Aquellos khurtas que tenían la suficiente sagacidad para ello habían sido seleccionados para forjar las armas de guerra de Amon Tugha: vastas torres para el asedio, balistas, mangoneles y cosas así. A Endellion le sorprendía lo hábiles que los salvajes khurtas habían resultado ser en esa clase de tareas, pero también era cierto que había subestimado su proeza en otras áreas y había quedado gratamente encantada con su capacidad de adaptación.

Los dos elharim alcanzaron la parte alta de un caballón para ver la tierra que se extendía más allá. En la cumbre del promontorio se izaba un molino de viento, recortándose solitario contra el horizonte matutino, enseñando las aspas quemadas y reducidas a guiñapos por los exploradores khurtas que habían llegado en primer lugar a esa posición. Junto a la triste estampa de esa ruina los aguardaba su señor, Amon Tugha.

Estaba tan quieto y firme como el molino, contemplando los inhóspitos terrenos de los Estados Libres en dirección a la ciudad que era su codiciado botín. A sus pies estaban sus dos sabuesos, *Astur* y *Sul*, uno de ellos masticando vorazmente el hueso de alguna bestia, el otro vigilando alerta cuando Endellion y Azreal se aproximaron.

Mientras subían por la colina, Endellion notó que el resto de los generales también se encontraban allí. Brulmak Tarr se escarbaba con impaciencia la piel llena de cicatrices de su rostro, mirando con furia como si fuera a él a quien los elharim habían hecho esperar. Wolkan Brude también los miró con odio desde detrás de una masa de barba y pelo, aunque estaba tan inmóvil como Amon Tugha. Recostado contra el muro del molino, casi oculto en las sombras, estaba Stirgor Cairnmaker, con las manos descansando sobre las empuñaduras de la espada y el hacha que llevaba ajustadas al cinturón. Endellion no encontró ninguna expresión en sus rasgos, como si le importara poco la matanza que sobrevendría, pero ella sabía, por haber visto lo hábil que era en el combate, el ansia de destrucción que exhibía en el terreno, que sí le importaba mucho.

Azreal fue el primero en hincarse ante su príncipe. Endellion lo imitó, sintiendo cómo la humedad de la hierba empapaba sus pantalones de cuero. Por unos momentos Amon Tugha se quedó mirando hacia el sur, sin prestar atención a sus guardaespaldas elharim ni a los caciques khurtas a su servicio. Mientras tanto, uno de los sabuesos miraba fijo cómo el otro destrozaba ruidosamente el hueso entre las fauces. Endellion levantó la mirada mientras esperaba y se

dio cuenta de que el hueso que estaba merendándose el animal no pertenecía a ninguna bestia, sino que era el fémur de un hombre.

—De pie —ordenó Amon Tugha sin volverse, con los ojos dorados clavados en la ciudad como si hubiera sido construida con todas las joyas de los territorios de las Riverlands.

Ambos elharim se incorporaron y Endellion miró de reojo a Azreal, quien no dio señales respecto de qué estaban haciendo allí. ¿Acaso se quedarían admirando Steelhaven desde lejos? Todos sabían por qué se encontraban en ese sitio; llevaban días observando la ciudad sin haber disparado siquiera una flecha. ¿Y ahora qué?

—Mis embarcaciones provenientes del otro lado del Midral han llegado —dijo finalmente Amon—. Lanzarán el bombardeo al atardecer. Será nuestra señal de atacar desde el norte.

—Era hora, mierda —gruñó Brulmak Tarr en su gutural lengua khurta. Endellion pensó que era necio de su parte hablar a menos que se le dirigiera la palabra, pero estaba claro que en las últimas semanas Amon Tugha había aprendido a ser un poco flexible con el comportamiento de sus guerreros salvajes. Eran bárbaros y jamás se adaptarían a las tradiciones y modales que se exigían a los elharim.

Amon Tugha se volvió y Endellion vio que sonreía, con las rubias espigas de su cabello prácticamente resplandeciendo sobre su apuesto rostro, con las cicatrices y quemaduras rituales del pecho y los brazos lívidas contra la piel bronceada.

—Sé que estáis inquietos —dijo Amon—. Todos vosotros habéis combatido duramente durante muchos días para veros de pronto obligados a deteneros justo cuando el objetivo está a la vista. Esta noche vuestra paciencia será recompensada. La espera ha terminado.

Endellion podría haberse echado a reír. Aunque llevaban casi seis días acampando allí, los khurtas habían esperado poco; en cambio, habían peleado y follado entre sí como si sus vidas dependieran de ello. Se rumoreaba que Brulmak Tarr ya había matado a una docena de sus propios hombres, tal era su impaciencia por la batalla.

Amon Tugha miró a Azreal.

—¿Qué tal van los preparativos? —preguntó.

—Estaremos listos, mi príncipe —respondió Azreal—. Las máquinas de asedio estarán terminadas antes de la puesta del sol. Hemos encontrado la mejor ubicación al oeste de la ciudad, nuestros guerreros ya están realizando los preparativos que ordenasteis.

Amon Tugha asintió.

—Bien. Es importante que iniciemos el ataque ahora. No podemos esperar más. El Padre de los Asesinos ha fracasado y la reina de esta ciudad sigue con vida. Haré que Steelhaven caiga y cogeré su corona con mis propias manos.

A pesar de las palabras de su amo, Azreal negó con la cabeza. Había algo que quería decir, algo que tal vez Amon Tugha no desearía oír. Por un momento Endellion estuvo a punto de extender la mano para detenerlo, pero era demasiado tarde.

—Mi señor, debo preguntaros algo —anunció Azreal, con la cabeza todavía inclinada—. Nos encontramos en una posición ventajosa. La ciudad no puede recibir ayuda por tierra ni por mar. Este reino está infestado de disputas y los otros nobles no acudirán en auxilio de la ciudad. Entonces, ¿para qué hemos de atacar? ¿Para qué debemos realizar semejante sacrificio cuando podríamos seguir esperando o provocar una hambruna y así obligarlos a pasar a la ofensiva o a rendirse?

Endellion alcanzó a oír que uno de los caudillos khurtas resoplaba lleno de desdén por la idea de hacer morir de hambre al enemigo en lugar de combatirlo, pero le preocupaba más la reacción de Amon Tugha. Era muy infrecuente que permitiera que alguien cuestionara sus deseos sin represalias, incluyendo a Azreal, que era su favorito por encima de todos.

El príncipe contempló al asesino durante unos instantes y Endellion temió lo peor. Entonces una sonrisa atravesó el rostro de su amo.

—Hablas con sensatez, hermano mío —dijo por fin—. Pero no basta con hacer morir de hambre a esta ciudad y recoger los restos. Quiero que sea arrasada. Quiero verla destruida. Quiero caminar por sus piedras destrozadas y avanzar entre los huesos rotos de sus

defensores masacrados. —La voz de Amon Tugha subía de tono a medida que hablaba, y los dos sabuesos se agitaron intranquilos al percibir la furia de su amo—. Quiero que su reina sufra entre mis manos. Quiero pisar su corona aplastada con mis suelas. —Ahora Endellion podía ver el fuego dorado en los ojos de su señor. Sus labios se curvaron en una mueca y la saliva se acumuló en las comisuras de su boca—. Y así será en los próximos cuatro días. No importa qué sacrificio nos cueste. No importa si todos los khurtas a mi servicio mueren en el empeño. No importa si tú mismo mueres en el empeño, si terminas destrozado y apaleado en el polvo. —En ese momento se detuvo y contempló a Azreal, quien apenas pudo sostener la mirada de su señor por un instante fugaz.

—Sí, mi príncipe —respondió Azreal con una inclinación de la cabeza.

Amon Tugha no dijo nada más, sino que se limitó a volverse en dirección de la ciudad de Steelhaven y a contemplar fijamente su premio, tan cerca pero todavía fuera de su alcance.

Con esa señal, Endellion y Azreal retrocedieron, dejando al amo con sus pensamientos. Antes de que se volvieran para descender la colina, Endellion vio que Brulmak Tarr y Wolkan Brude sonreían ante la reprimenda sufrida por Azreal. Cómo le hubiera encantado castigarlos por semejante insulto, pero eso sólo habría servido para acrecentar todavía más la ira de Amon Tugha y en ese caso ella jamás habría logrado sobrevivir.

—¿Estás contento de lo que has hecho? —susurró mientras regresaban al campamento.

—Había que decirlo —contestó Azreal—. Todas las doctrinas militares de los asedios establecen que la ventaja es nuestra. Arrasar innecesariamente la ciudad nos costará muy caro.

—Sin embargo, seguiremos a Amon Tugha —respondió ella.

Azreal se detuvo al oírla y se volvió para contemplarla con esos ojos que a ella le resultaban tan bellos. Estaba enfadado, eso era evidente, pero lo único que ella quería era cogerlo y besarle los labios hasta que sangraran de pasión.



—Sí, lo seguiremos —dijo él—. Hasta la muerte, si es necesario. Ella sintió cómo la sonrisa se desdibujaba lentamente en su rostro.

Dos años atrás, cuando se encontraban en las Riverlands, después de que el hombre al que ahora llamaban Amon Tugha fuera condenado al destierro, parecía que la única alternativa era seguirlo. Era su señor y a pesar de haber traicionado a la reina, a su propia madre, seguían sometidos a su príncipe. Le habían jurado una lealtad incondicional, pero desde el momento en que habían dejado atrás su tierra natal, la mente de Endellion había comenzado a albergar dudas. Ahora, a tantos cientos de kilómetros de su tierra, empezaba a cuestionarse esa lealtad. Ella era Arc Magna, una guerrera sin parangón, respetada y temida por sus familiares y amigos. Allí sentía que sólo era un miembro más de la horda de Amon Tugha. Descartable, como todos los demás.

—Lo sigues como una oveja —dijo Endellion, tratando de que la furia no se le notara en la voz, pero fracasando en el intento—. ¿A qué hemos venido hasta aquí? Estamos tan deshonrados como él, no le debemos nada.

—Sigue siendo nuestro príncipe. —Azreal sonaba como si estuviera tratando de convencerse a sí mismo, tanto como a ella.

—Y nos conducirá a la muerte. ¿Para qué? ¿Por una ciudad fea y maloliente situada a mil quinientos kilómetros de nuestro hogar? Ésa no es una razón suficiente para mí.

—No es la única razón. Estamos aquí para recuperar lo que hemos perdido. Para reconstruir su nombre de modo que su eco resuene hasta en las Riverlands. Así sabrán que desterrarlo fue una injusticia. Él es un rey, y los que están a su lado son reyes también.

Endellion vio la luz en los ojos de Azreal mientras hablaba, oyó la vehemencia de su voz. Parecía que no había perdido ni una pizca de su fervor, mientras a ella ya casi no le quedaba nada. ¿Cómo lograría persuadirlo de que abandonara esa locura? Él jamás la escucharía si ella le indicaba la verdad a la que él había decidido no hacer caso. Que el hombre al que llamaban Amon Tugha había tratado

de usurpar la corona de las Riverlands de su hermano, el legítimo heredero, en una revuelta fallida. Que la «injusticia» a la que Azreal se refería había sido más bien un acto de misericordia. La reina había tenido todo el derecho de ordenar decapitar a su hijo en lugar de mandarlo al exilio. Pero sabía que Azreal no le prestaría la más mínima atención.

—Tienes razón —dijo con una sonrisa, adoptando una máscara que esperaba que él no pudiera atravesar. De nada le serviría discutir con Azreal cuando estaba tan enfervorizado—. Hicimos un juramento y debemos servir. Incluso aunque signifique que moriremos.

Azreal le devolvió la sonrisa.

—Tú no morirás —aseveró—. Ningún ser vivo puede igualarte.

Con esas palabras la dejó en medio del campamento, rodeada del olor de las hogueras encendidas en el frío del aire matinal. Endellion observó la ciudad desde la distancia, gris e imponente contra el negro hierro del cielo, y se preguntó si él tendría razón o si habría alguien esperando allí dentro que pudiera finalmente vencerla y dejar que su cuerpo se pudriera, solo y olvidado, en aquella tierra deprimente y fría.

# 1

El desayuno era deplorable en los últimos tiempos y a Waylian Grimm no le importó perderselo. Aunque no era propio de él saltarse una comida, en especial desde la época en que había estado en las montañas Kriega, donde casi se había muerto de hambre, no le apetecía comer. Se avecinaba una lucha, un combate que podría representar el fin de todo lo que conocía, y tenía un nudo en el estómago tan apretado que no dejaba espacio para aquellas gachas aguadas.

Miró por la ventana de su habitación hacia el norte, lo que probablemente no era lo mejor en esas circunstancias, observando con gesto de desamparo la horda que vendría a destruir la ciudad en cualquier momento. Pero ¿qué otra cosa se suponía que podía hacer? ¿Intentar no prestarles atención? ¿Ofrecerles té y pastas? ¿Huir?

La tercera de esas opciones ya era inviable, como mínimo. La última embarcación había zarpado del puerto tres días antes y durante la noche se había acercado una inmensa flota para bloquear la bahía de Steelhaven con forma de medialuna. El camino hacia el norte estaba en manos de una masa de salvajes sanguinarios, y quién sabía qué aguardaba al este y al oeste. Waylian no podía marcharse a ninguna parte, incluso si lo hubiera querido.

*Sólo tienes que quedarte bien quieto y esperar a que empiecen los combates, ¿verdad, Grimmy?*

Pero ¿cuándo comenzarían esos condenados combates? Los khurtas seguían inmóviles, prendiendo sus hogueras por la noche, entonando sus brutales cánticos fúnebres, que habían sido muy eficaces para que todos los que estaban en la ciudad se cagaran de

miedo. Pero hasta el momento no habían hecho ningún movimiento para pasar al ataque.

Tal vez Amon Tugha se había aburrido. Tal vez había visto las imponentes murallas y las puertas atrancadas de Steelhaven y lo había pensado mejor.

Waylian estaba bastante seguro de que soñar no costaba nada.

Amon Tugha se había desplazado desde lejos para apoderarse de Steelhaven. Era imposible que se marchara sin luchar.

Waylian se lavó la cara en un cuenco de agua fría y se puso la toga antes de salir de la cámara y descender por la amplia escalera que serpenteaba en el centro de la Torre de los Magistrados. Los pasillos estaban prácticamente desiertos en los días previos a la llegada de Amon Tugha. Donde antes se oían charlas insustanciales ahora había silencio. La atmósfera de estudio había sido reemplazada por un aire de férrea resolución que parecía flotar por todo el lugar después de que su señora, la magistrada Gelredida, hubiera movilizado a los archimaestros para su causa.

No había sido fácil. Su señora había metido en vereda a los magos más poderosos de los Estados Libres mediante subterfugios y chantajes y Waylian la había ayudado. Sólo esperaba que cuando todo eso quedara atrás no fuera él quien tuviera que enfrentarse a su ira.

*No te preocupes por ello ahora, Grimmy. Tienes que sobrevivir a los cuarenta mil khurtas que están a punto de desatar la furia de los infiernos en la ciudad en la que estás encerrado. Lo más probable es que estés muerto mucho antes de que ninguno de los archimaestros se encuentre en condiciones de vengarse de ti.*

Mientras descendía por la escalera de roble, Waylian oyó gritos guturales de combate y el choque del acero que resonaban en su dirección. En uno de los pisos habían quitado todos los escritorios y las estanterías, así como otros objetos, para convertirlo en una galería de combate donde pudieran practicar los Caballeros Cuervo. Su habitual patio de entrenamiento en la base de las torres había sido ocupado por el archimaestro Drennan Folds y sus aprendices, don-

de sus inexpertos intentos de magia pudieran causar menos daño. En consecuencia, los Caballeros Cuervo se entrenaban en el interior del edificio y el entrechocar de sus armas generaba un estrépito enorme dentro de los sacros confines de la antigua torre.

Waylian hizo una pausa en la escalera y observó por el arco abierto cómo se abalanzaban los unos sobre los otros con espadas, lanzas y gujas. No podía más que maravillarse ante esa exhibición de fortaleza y habilidad; incluso a pesar de que llevaban una armadura completa, combatían con una velocidad y una ferocidad que casi llegó a marearlo. Había visto entrenarse a la Guardia del Guiverno en el camino de las montañas Kriega y los había considerado una banda sanguinaria y letal. Los Caballeros Cuervo casi los igualaban en cuanto a brutalidad, pero los sobrepasaban en elegancia y vigor. A Waylian no le habría gustado tener que decidir cuál de ambas órdenes contaba con los asesinos más eficaces.

Se quedó allí observando, casi hipnotizado, hasta que surgió una silueta al otro lado de la entrada y le bloqueó la vista. Lucen Kalvor, el de las cejas oscuras y arqueadas, se volvió lentamente y contempló a Waylian. Todavía no estaba claro si Kalvor sabía quién había ayudado a Gelredida en su complot contra los archimaestros. Era imposible saber si Kalvor estaba enterado de que Waylian había reunido las pruebas de que él había asesinado a su antiguo maestro para ocupar su puesto. Pero sí estaba claro que no le tenía ningún aprecio a la magistrada Gelredida y, por lo tanto, era bastante dudoso que Waylian le cayera bien.

*Lo más probable es que te vea como su mascota, igual que todos los demás, Grimmy. A nadie le gustan las mascotas de los otros; siempre dejan pelos y olor a culo donde no se los quiere.*

Waylian desvió la mirada y descendió las escaleras a toda prisa. Podía sentir los oscuros ojos de Kalvor siguiéndolo y en realidad no quería saber qué pensaba el archimaestro. Estaba bastante seguro de que no sería nada halagador.

Más abajo, el sonido del choque de aceros disminuyó, sólo para ser reemplazado por voces que reñían. Cuanto más se acercaba a las

voces, más le recordaba a una bandada de gansos peleándose a picotazos por sobras de comida.

Una vez más se detuvo cuando llegó al origen del ruido y espío por la puerta abierta de una inmensa sala de reuniones revestida de paneles de madera. En el centro estaba sentado el archimaestro Crannock Marghil, a quien rodeaban más de una docena de magistrados, todos hablando a la vez, atosigando al anciano con sus quejas.

*«¡Nos matarán a todos!» «¡Deberíais haber negociado con los elbarim!» «¡Esto no tiene sentido, hemos de huir!» «¡Estoy demasiado viejo para combatir!» «¡No puedo pelear, mi ciática me está matando!»*

Tuvo que admitir que Crannock absorbía la cacofonía con un adusto desafío que desmentía sus años y encajaba en la mandíbula cada atemorizada excusa como un pugilista avezado.

Waylian recordó el momento en que Gelredida le había asignado al anciano la tarea de congregar a los veteranos magistrados. Entonces habían declarado que seguirían a Crannock, que lo respetaban. Pero al mirar por la puerta abierta de esa sala Waylian vio pocas señales de aquéllo. De todas maneras, el archimaestro no parecía dejarse doblegar por las protestas de los otros miembros de su Casta. Daba la impresión de que deberían sumarse a la lucha, les gustara o no.

Cuando llegó al final de la amplia escalera, Waylian se detuvo ante las puertas dobles que se abrían delante de él. Alcanzaba a oír los sonidos de las estrictas instrucciones que llegaban desde el patio que estaba más allá y no sentía prisa por salir de allí y ser visto por los otros aprendices o su tutor. En los últimos días, Drennan Folds había puesto a prueba a todos los aprendices que quedaban en la torre, había evaluado sus capacidades y los había entrenado rigurosamente en la especialidad del Arte en la que se mostraron más capaces. Habían sido unos días duros y no todos habían sobrevivido. Cualquier duda sobre los riesgos de utilizar las fuerzas del Velo sin entrenamiento previo había quedado disipada tiempo atrás. El Velo albergaba todos los poderes mágicos del mundo en sus confines y

canalizarlo era peligroso, incluso para los magistrados más experimentados. Para un aprendiz con frecuencia podía significar la catástrofe.

Waylian se había enterado de que un muchacho de nombre Mikael se había ahogado con su propio vómito después de intentar un sortilegio particularmente difícil. Otra chica, cuyo nombre desconocía, había muerto gritando y clavándose las uñas en la cabeza, arrancándose grandes mechones de pelo hasta que por fin había expirado. No era de sorprender que Waylian no tuviera buena acogida entre sus compañeros después de haber conseguido evitar correr semejantes riesgos.

Tampoco era su culpa. La magistrada Gelredida había insistido en que le ahorraran los riesgos de un entrenamiento prematuro. Pero era inútil explicárselo a Drennan y a sus alumnos. Para ellos, lo estaban favoreciendo injustamente. Poco les importaba que en realidad Waylian sí quisiera aprender los secretos del Arte, que quisiera practicar junto a ellos, para poder enfrentarse a los khurtas con toda la furia de los poderes mágicos que pudiera invocar y hacerlos huir aterrorizados hacia las estepas del norte.

*No importa. Todos te odian, en cualquier caso. No tienes amigos aquí, Grimmý. Pero, por otra parte, jamás los has tenido.*

Cuando se dio cuenta de que no podía esperar más, Waylian salió a la mortecina luz matinal y echó un vistazo al patio. Gelredida estaría esperándolo y él sabía que no debía llegar tarde.

Le llamó la atención la fila de aprendices con sus togas, cada uno de ellos atendiendo expectante las instrucciones del archimaestro Folds. Al otro lado había una hilera de maniqués, cuyos rostros inexpresivos estaban pintados con colores de guerra para representar a los salvajes khurtas. El maniquí del extremo izquierdo estaba quemado y ennegrecido.

Drennan tenía un pedazo de carbón cuyo polvo había ensuciado la parte delantera de su toga.

—Sentiréis que se calienta —dijo, mirando fijamente a sus estudiantes con un solo ojo azul, mientras el otro era tan lechoso

como el nublado cielo—. Pero no os preocupéis, no os quemará la piel. Sólo la de vuestro objetivo. —Con una mano de gruesos dedos señaló con un gesto la hilera de maniqués, y del último a la izquierda salieron volutas de humo, como para confirmar sus palabras—. Y bien, ¿quién será el primero?

Drennan miró expectante a los jóvenes que tenía a su cargo, pero ninguno parecía demasiado ávido de aceptar su oferta. El silencio se hizo más pesado mientras él posaba sobre cada uno de los aprendices sus desiguales ojos, uno que parecía lleno de furia y desprecio, el otro que los atravesaba con la mirada.

—Yo —dijo una muchacha que Waylian no reconoció. Se adelantó un paso con la mayor seguridad que pudo pese a que era evidente para todos los presentes que tenía miedo. Debía de ser mayor que Waylian y mejor entrenada en el Arte —y *quién no lo estaría*—, pero se veía diminuta y el pelo corto daba un aspecto varonil a su rostro.

Drennan le ofreció el pedazo de carbón y ella lo cogió; luego dio un paso hacia delante y se enfrentó a la hilera de maniqués.

—Concéntrate —indicó el archimaestro—. Cuando hagas la invocación, no te limites a pronunciar las palabras, sino que debes sentirlas. No concentres sólo tu poder; debes romperlo. Rompe el Velo. Coge los poderes mágicos y apodérate de ellos.

La joven asintió con un gesto y luego contempló los maniqués, aferrando el carbón con tanta fuerza que se le blanquearon los nudillos. Cerró los ojos un momento, cogiendo aliento profunda y repetidamente para calmarse antes de volver a mirarlos una vez más. Waylian percibió la férrea determinación en sus ojos, la fortaleza en su carita de muchacho, la madurez, el conocimiento de que no fallaría, de que no podía hacerlo.

Cuando pronunció la invocación, cerró los ojos y sostuvo el pedazo de carbón. Waylian no tenía idea de qué significaban esas palabras, le eran desconocidas y sonaban extrañas en los labios de la muchacha, pero a medida que las decía el carbón empezó a resplandecer y a ponerse cada vez más blanco. Se oyó un siseo y salió humo



de su puño apretado, pero ella no reaccionó como si sufriera dolor alguno. Abrió los ojos y Waylian sintió que su corazón se saltaba un latido cuando se dio cuenta de que ardían con el mismo fulgor blanco que el carbón que cogía en el puño, y que los poderes que ella invocaba les habían quitado todos los colores.

Se oyó un alarido y el maniquí del extremo derecho estalló de pronto en llamas, al principio azules, luego de un subido tono rojo. El calor era intenso y Waylian debió protegerse los ojos de la conflagración cuando las llamas hicieron presa del maniquí, pero tan pronto como empezaron a ascender hacia el cielo se extinguieron, sin dejar nada más que madera carbonizada.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Waylian. Tal vez sí tenían alguna posibilidad de ganar. Tal vez podrían vencer a los khurtas si un aprendiz de magistrado lograba convocar esa clase de poderes. Pero su optimismo quedó hecho añicos de inmediato cuando oyó que la muchacha lanzó un grito ahogado como si la estuvieran estrangulando.

Drennan corrió hacia ella cuando cayó de rodillas. Su mano soltó el carbón que chocó contra el suelo y rodó por el patio. Comenzó a sacudirse convulsivamente. Sus ojos ya no estaban blancos, sino huecos y contemplando el cielo, mientras se formaba espuma en las comisuras de su boca.

—Traed al boticario —ordenó Drennan mientras abrazaba a la muchacha. Waylian no pudo hacer otra cosa que mirar, sorprendido por la compasión del archimaestro, que acunaba a la muchacha en sus brazos. Era una faceta de Drennan Folds que jamás había visto y sintió una punzada de culpa. No mucho tiempo antes, siguiendo órdenes de Gelredida, Waylian había ayudado a secuestrar al hijo de Drennan. Entonces había parecido necesario; de otra manera, Drennan jamás se habría comprometido con la causa de Gelredida, pero en ese momento vio algo diferente en el archimaestro que lo hizo arrepentirse de aquel hecho. Mientras Drennan antes parecía una bola de furia contenida ahora era todo amabilidad y preocupación. Eso bastó para que Waylian se compadeciera de él.

—Es evidente que no se conectó plenamente con su prosopopeya. La divagación resultante del Velo con frecuencia produce concomitantes abominables.

Waylian se volvió al oír la voz y vio a otro aprendiz a su lado. El joven era delgado como un junco y su pelo lacio y grasiento estaba echado hacia atrás, dejando al descubierto una frente prominente y un par de gafas sostenidas por una nariz puntiaguda.

—¿Eh? —replicó Waylian.

El aprendiz lo observó con curiosidad.

—Eres consciente de las transmutaciones que tienen lugar durante una importunación sobrenatural, ¿verdad?

*Por supuesto que no tienes la menor idea, Grimmy.*

—Por supuesto que sí —respondió Waylian.

A esas alturas, Drennan ya había decidido encargarse de levantar a la muchacha en brazos y correr hacia la base de la torre para buscar él mismo al boticario.

—Entiendo que estás aquí para recibir entrenamiento, como el resto de nosotros, ¿verdad? —preguntó el aprendiz.

—Eh... No —contestó Waylian, mirando a su alrededor en busca de alguna señal de la presencia de su señora, pero no encontró ninguna—. Estoy esperando a alguien.

—¿En serio? ¿No eres demasiado joven para haber dominado el Oficio?

Waylian negó con la cabeza.

—No se trata de eso. Soy un aprendiz asignado a... —*La magistrada Gelredida. La Bruja Roja. Que te trata como si fueras su ama de llaves. Que te mantiene apartado del resto de los aprendices que están entrenándose en el dominio de su Arte para poder ser útiles en los combates que se avecinan, mientras tú haces mandados*—... una magistrada con necesidades particulares.

—Ya veo —dijo el aprendiz, aunque Waylian no tenía idea de cómo era posible que lo viera—. Entonces estás asignado a la magistrada Gelredida. —*O quizás sí que lo veía*—. Lo que te convierte en Waylian Grimm.

—Así es —convino Waylian, tendiéndole la mano—. ¿Y tú eres?

—Aldrich Mundy —respondió el aprendiz, mirando la mano tendida de Waylian como si fuera un cuchillo ensangrentado—, y eso no es necesario. Las manos tienen una enorme cantidad de bacterias. Lo mejor es dejarlas quietas.

—Como quieras —contestó Waylian, sintiendo que su nuevo conocido le desagradaba cada vez más.

Se quedaron allí en un silencio incómodo mientras Waylian trataba con desesperación de encontrar algo que decir. Por su parte, Aldrich se veía completamente satisfecho con no hablar y al parecer disfrutaba de la ausencia de conversación. Waylian abrió la boca para decir algo, sin saber exactamente qué, cuando una voz familiar lo llamó desde el otro lado del patio:

—Waylian, ven —ordenó la magistrada Gelredida, como si fuera él quien la hubiera hecho esperar a ella, y no al revés.

—En cualquier caso, debo irme —le dijo Waylian a Aldrich, quien acusó recibo de esas palabras con una sonrisa poco sincera que jamás llegó a sus ojos cubiertos con gafas. Mientras Waylian iba a toda prisa al lado de su señora albergó la esperanza de que sus senderos jamás volvieran a cruzarse.

Los dos atravesaron en silencio el portal del patio y salieron a la ciudad. Había una amortiguada atmósfera de premura en las calles, la tensión entre los lugareños de Steelhaven era palpable. Gelredida no les hizo caso y Waylian hizo lo que pudo para evitar los ojos de la gente, no fuera a ser que lo miraran con esperanza, que le transmitieran el tácito ruego de que usara sus poderes mágicos y los salvara de la horda que había venido a derribar sus murallas.

Siguió a la magistrada por el camino acostumbrado. Era como un ritual que ella realizaba todas las mañanas desde que habían llegado los khurtas. Caminar por la calle hasta la muralla de Eastgate y allí subirse a las almenas. Luego caminar hacia el norte rumbo a la Puerta de Piedra, pasando junto a los arqueros allí apostados, los espadachines y caballeros de todas las órdenes, los

auxiliares y los reclutados para la milicia, que intercambiaban bromas, tratando con toda su fuerza de no pensar en lo que se avecinaba.

Una vez más Waylian se sorprendió evitando los ojos de esos hombres, aunque ninguno de ellos se interesó en él. Estaban demasiado ocupados apartándose del camino de su señora mientras ella avanzaba entre ellos, con su adusta mirada fija en el norte, donde estaban los campamentos de los khurtas. Cuando llegaban a la Puerta de Río, descendían de las almenas y regresaban a la Torre de los Magistrados, pero ese día era diferente. La magistrada se detuvo, posó las manos con sus guantes rojos suavemente en la almena que tenía delante y exhaló un largo suspiro.

Waylian la observó mientras ella seguía con la mirada fija en el norte y empezó a sentirse algo incómodo con el silencio.

—Has sido un aprendiz leal, Waylian —dijo ella de pronto.

—¿Magistrada? —respondió él, inseguro de adónde iba todo aquello o de si querría saberlo. ¿Estaría ella a punto de encargarle otra misión imposible? ¿De poner en peligro su vida una vez más?

—Debería haberte ahorrado todo esto. Debería haber dejado que te marcharas de aquí hace varios días. Semanas.

—Pero, magistrada, yo...

—No hace falta que protestes. Sé que has detestado el tiempo que has pasado aquí. Me has odiado a mí. Pero debes saber que todo se debía a una razón.

Eso no estaba bien. Ella estaba librándose de una carga. Haciéndole una confidencia. En todo el tiempo que había pasado desde que la conoció ella jamás había compartido sus sentimientos. A él lo único que se le ocurrió es que aquello sería un efecto secundario de la virulenta úlcera que le había infectado las manos y el cuerpo.

—Magistrada, permaneceré aquí todo el tiempo que...

Ella rio y eso le iluminó la cara. Waylian se quedó tan desconcertado que casi se cayó de las almenas.

—Claro que sí, Waylian. Permanecerás aquí todo el tiempo que

sea necesario, valiente y joven necio. Ésa es precisamente la razón por la que debería ahorrarte el horror que se avecina. Pero son los necios como tú los que tal vez puedan salvar esta ciudad.

Él no pudo hacer otra cosa que mirarla; quería decirle que no era valiente. Estaba aterrorizado. Lo había estado desde el primer día que había puesto pie en la Torre de los Magistrados, pero algo le dijo que ella ya lo sabía.

—No veo que haya nada que pueda hacer —declaró.

Ella le dedicó una mirada de compasión.

—Te sorprenderías, Waylian. El coraje no es algo que pueda conjurarse como la magia. O lo tienes o no lo tienes. Eso es lo que hace que personas como tú se enfrenten a adversidades imposibles, cuando hay poca esperanza. —Lo miró, hundiéndose profundamente en sus ojos—. Combatirás aquí hasta el fin. Y es bastante probable que mueras en este sitio, junto a todos los demás.

Él tuvo que admitir que esa perspectiva no lo llenó de júbilo, pero sabía que ella estaba en lo cierto.

—Entonces está claro —respondió—. No me marcharé a ninguna parte.

En ese momento se contemplaron el uno al otro. Los ojos de ella lo observaron y lo evaluaron. Lo que encontró en lo más profundo de él la dejó satisfecha.

—Ven, pues —dijo, reanudando el recorrido por la gran muralla—. Todavía queda mucho por hacer.

Sin sentirse más valiente que antes, Waylian la siguió.